

Los nueve cielos son: el cielo de la Luna (cantos I al IV), el cielo de Mercurio (cantos V al VII), el cielo de Venus (Cantos VIII y IX), el cielo del Sol (Cantos X al XIII), el cielo de Marte (Cantos XIV al XVII), el cielo de Júpiter (cantos XVIII al XX), el cielo de Saturno (cantos XXI al XXII), el cielo de las estrellas fijas (Cantos XXIII al XXVI), y el primer móvil, o cristalino (cantos XXVII al XXIX). En el cielo empíreo está Dios iluminando las rosa de los bienaventurados y rodeado de nueve círculos de jerarquías angélicas, y que son desde el círculo más alejado al más próximo a Dios: ángeles, arcángeles, principiaidos, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cantos XXX al XXXIII).

El poema concluye con la palabra "estrellas", que es la misma con que concluyen el Purgatorio y el Infierno. Una minuciosa simetría exterior se corresponde con la ordenada construcción interna que se acaba de presentar.

Ahora, se pasará a la lectura directa de algunos cantos seleccionados de la Divina Comedia. El objetivo es que leas comprensivamente los textos y conozcas el sentido literal del poema, a la vez que adviertas los otros significados posibles.

Aunque el original está en verso -tercetos--, la traducción está en prosa. Aquí cabe señalar que traducir un texto es muy difícil, dificultad que se acrecienta si el original está en verso; de esto se concluye que el texto que leerás conserva las ideas, no así el ritmo, la rima y la melodía del lenguaje italiano.

INFIERNO
CANTO PRIMERO

A LA MITAD del viaje de nuestra vida¹ me encontré en una selva - oscura,² por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, - cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo, que la muerte no lo es tanto. Pero antes de hablar del bien que allí encontré, revelaré las demás cosas que he visto. No sé decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba, y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquél que saliendo anhelante fuera del piélago, - al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el lugar de que no salió nunca nadie vivo. Después de haber dado algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria playa, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más abajo. Al principio de la cuesta aparecióseme una pantera ágil, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se separaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino, que me volví muchas veces para retroceder. Era a tiempo que apuntaba el día, y el sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el amor divino imprimió el primer movimiento a todas las cosas bellas.³ Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien de aquella fiera de pintada piel. Pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció: figuróseme que venía contra mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa, que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su demacración, parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserable a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación, que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que gustoso atesora, se entristece y llora con todos sus pensamientos cuando llega el momento en que sufre una pérdida, así me hizo padecer aquella inquieta fie-

ra que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me repella - - - hacia donde el sol se calla. Mientras yo retrocedía hacia el valle, se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio parecía mudo. Cuando le vi en aquel gran desierto:

-Piedad de mí-le grité-quienquiera que seas, sombra u hombre -- verdadero.

Respondíome:

No soy ya hombre, pero lo he sido; mis padres fueron lombardos y ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací "sub Julio", aunque algo tarde, ⁴ y vi a Roma bajo el mandó del buen Augusto en tiempos de los dioses falsos y engañosos. Poeta fui y canté a aquel justo hijo de Anquises que volvió de Troya después del incendio de la soberbia Ilión. Pero, ¿por qué te entregas de nuevo a tu aflicción?, ¿Por qué no asciendes al delicioso monte que es causa y principio de todo goce?

-¡Oh!, ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho raudal de elocuencia? -le respondí ruboroso-. ¡Ah!, ¡honor y antorcha de los demás poetas! Válganme para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto; tú solo eres aquél de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mira esa fiera debido a la cual retrocedía, líbrame de ella, famoso sabio, ⁵ porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipitación mi pulso.

-Te conviene seguir otra ruta -respondió al verme llorar - si -- quieres huir de este sitio salvaje; porque esa fiera que te hace prorrumpir en tales lamentaciones no deja pasar a nadie por su camino, sino que se opone a ello matando al que a tanto se atreve. Su instinto es tan malvado y cruel que nunca ve satisfechos sus ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes. Muchos son los animales a quienes se une y serán aún muchos más - hasta que venga el Mastín ⁶ y la haga morir entre dolores. Este no se alimentará de tierra ni de peltre, sino de sabiduría, de amor y de virtud, y su patria estará entre Feltro y Feltro. Será la salvación de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la virgen Camila, Eurialo y Turno y Niso. ⁷ Perseguirá a la loba de -- ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado en el infierno, de dónde

en otro tiempo la hizo salir la envidia. Ahora, por tu bien, pienso y veo claramente que debes seguirme; yo seré tu guía y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde oirás aullidos desesperados; verás los espíritus dolientes de los antiguos condenados que llaman a gritos a la segunda -- muerte; verás también a los que están contentos entre las -- llamas porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un puesto entre los bienaventurados. Si quieres en seguida subir hasta ellos, te acompañará en este viaje un alma más digna que yo, ⁸ te dejaré con ella cuando yo parta; pues el Emperador que reina en las alturas no quiere que por mediación mía se entre en su ciudad, porque fui rebelde a su ley. El impera en todas partes y reina arriba; arriba está su ciudad y su alto solio: ¡Oh!, ¡Feliz el elegido para su reino! Y yo le contesté:

-Poeta, te requiero por ese Dios a quien no has conocido, que me hagas huir de este mal y de otro peor; condúceme adonde -- has dicho para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que, según dices, están tan desolados.

Entonces se puso en marcha y yo seguí tras él.

CANTO SEGUNDO

EL DIA terminaba; la atmósfera oscura de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la -- tierra, y yo solo me preparaba a sostener los combates del camino -- y de las cosas dignas de compasión, que mi memoria trazará sin e -- quivocarse. ¡Oh Musas!, ¡oh alto ingenio!, venid en mi ayuda: ¡oh -- mente que escribiste lo que vi!, ahora aparecerá tu nobleza. Yo comencé:

-Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes -- de aventurarme en tan profundo viaje. Tú dices que el padre de Sil -- vio, aún corruptible, pasó al siglo inmortal y pasó sensiblemente. ⁹ Si el adversario de todo mal le fue favorable, debiose a los gran -- des efectos que de él debían sobrevenir; y el por qué no parece in -- justo a un hombre de talento; pues en el Empíreo fue elegido para ser el padre de la fecunda Roma y de su imperio: el uno y la otra, a decir verdad, fueron establecidos en favor del sitio santo en don -- de reside el sucesor del gran Pedro. Durante este viaje por el que le elogias, oyó cosas que presagiaron su victoria y el manto papal. Después el Vaso de elección ¹⁰ fue transportado hasta el cielo para dar más firmeza a la fe, que es el principio del camino de la sal -- vación. Pero yo ¿por qué he de ir?, ¿quién me lo permite? Yo no -- soy Eneas ni San Pablo: ante nadie, ni ante mí mismo, me creo dig -- no de tal honor. Porque si me lanzo a tal empresa, temo por mi lo -- co empeño. Puesto que eres sabio, comprenderás las razones que me -- callo.

Y como aquel que no quiere ya lo que quería y, asaltado de una -- nueva idea, cambia de parecer, de suerte que abandona todo lo que había comenzado; así me sucedía en aquella oscura cuesta, porque, a fuerza de pensar, abandoné la empresa que había empezado con -- tanto ardor.

-Si he comprendido bien tus palabras--respondió. aquella sombra -- magnánima--, tu alma está traspasada de espanto, el cual se apode -- ra frecuentemente del hombre, y tanto, que le retrae de una empre -- sa honrosa, como una vana sombra hace a veces retroceder a una -- fiera cuando se introduce en la oscuridad. Para librarte de ese -- temor, te diré por qué he venido y lo que vi en el primer momen --

to en que me moviste a compasión. Yo estaba entre los que se hallan en suspenso, y me llamó una dama tan bienaventurada y tan bella, ¹¹ que le rogué me diera sus órdenes. Brillaban -- sus ojos más que la estrella y empezó a decirme con voz an -- gelical, en su lengua: "¡Oh alma cortés mantuana, cuya fama -- dura aún en el mundo y durará mientras su movimiento se pro -- longue! Mi amigo, que no lo es de la ventura, se ve tan emba -- razado en la playa desierta, que en medio del camino el mie -- do le ha hecho retroceder; y temo (por lo que he oído de él -- en el Cielo) que se haya extraviado ya y que yo haya acudido -- tarde en su socorro. Vé, pues, y con tus elocuentes palabras y con lo que se necesita para sacarle de su apuro, auxíliale tan bien, que yo quede consolada. Yo soy Beatriz, la que te -- hace marchar; vengo de un sitio adonde deseo volver: amor me impele y es el que me hace hablar. Cuando vuelva a estar de -- lante de mi Señor, le hablaré de ti bien y con frecuencia." -- Calló entonces y yo repuse: "¡Oh, mujer de virtud única, por -- quien la especie humana excede en dignidad a todos los seres -- contenidos bajo aquel Cielo que tiene los círculos más pequ -- ños! Tanto me place tu orden que si ya te hubiera obedecido, -- creería haber tardado: no tienes necesidad de expresarme más -- tus deseos. Mas dime: ¿por qué causa no temes descender al -- fondo de este centro desde lo alto de esos inmensos lugares, -- adonde ardes en deseos de volver?" "Puesto que tanto quieres -- saber, te diré brevemente -- respondíome -- por qué no temo -- venir a este abismo. Sólo deben temerse las cosas que pue -- den redundar en perjuicio de otros; pero no aquéllas que no -- inspiran este temor. Por la merced de Dios, estoy hecha de -- tal suerte que no me alcanzan vuestras miserias, ni puede -- prender en mí la llama de este incendio. Hay en el Cielo una -- Dama gentil ¹² que se conduce del obstáculo opuesto al que -- te envió, y que mitiga el duro juicio de la justicia divina. -- Ella se ha dirigido a Lucía ¹³ con sus ruegos y le ha dicho: -- "Tu fiel amigo tiene necesidad de ti y te lo recomiendo." -- Lucía, enemiga de todo corazón cruel, se ha conmovido e ido -- al lugar donde yo me encontraba sentada al lado de la anti -- gua Raquel. ¹⁴ Y me ha dicho: "Beatriz, verdadera alabanza de

Dios, ¿no socorres a aquel que te amó tanto y que por ti salió de la vulgar esfera? ¿No oyes su queja conmovedora? ¿No ves la muerte contra quien combate sobre ese río, más formidable que el mismo -- mar? En el mundo no ha habido jamás una persona más pronta en -- correr hacia un beneficio ni en huir de un peligro, que yo, en --- cuanto oí tales palabras. Descendí desde mi dichoso puesto, fiándo me en esa elocuente palabra que te honra y que honra a cuantos la han oído". Después de haberme hablado de este modo, volvió llorando hacia mí sus ojos brillantes, con lo que me hizo partir más presuroso. Y me he dirigido a ti tal como ha sido su voluntad, y te -- he preservado de aquella fiera que te cerraba el camino más corto de la hermosa montaña. Pero ¿qué tienes? ¿por qué te suspendes?, ¿por qué abrigas tanta cobardía en tu corazón?, ¿por qué no tienes atrevimiento ni valor, cuando tres mujeres benditas cuidan de ti -- en la corte celestial y mis palabras te prometen tanto bien?

Y así como las florecillas, inclinadas y cerradas por la escarcha, se abren erguidas en cuanto el Sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo e inundó tal aliento mi corazón, que exclamé como un -- hombre decidido:

-¡Oh! ¡Cuán piadosa es la que me ha socorrido! ¡Y tú, alma bienhechora, que has obedecido con tal prontitud las palabras de verdad que ella te ha dicho! Con las tuyas has preparado mi corazón de -- tal suerte, y les ha comunicado tanto deseo de emprender el gran -- viaje, que vuelvo a abrigar mi primer propósito. Ve, pues; que una sola voluntad nos dirija: tú eres mi guía, mi señor, mi maestro.

Así le dije, y en cuanto echó a andar, entré por el camino profundo y salvaje.

CANTO TERCERO

POR MI se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada: la justicia animó a mi sublime arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes que yo no hubo nada creado, a excepción de -- lo eterno, y yo duro eternamente. ¡Oh, vosotros los que entráis, -- abandonad toda esperanza! "

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de -- una puerta, por lo cual exclamé:

-Maestro, el sentido de estas palabras me causa pena.

Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

-Conviene abandonar aquí todo temor; conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia.

Y después de haber puesto su mano en la mía, con rostro alegre que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que al escucharlos comencé a llorar. Diversas -- lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas acompañadas de palmadas, producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente obscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, -- dije:

Maestro, ¿Qué es lo que oigo y qué gente es esa que parece doblegada por el dolor?

Me respondió:

Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio: están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso; pero el profundo infierno no quiere recibirlos por la gloria que con ello podrían reportar -- los demás culpables.

muertas." Pero cuando vio que yo no me movía dijo: "Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí: -- para llevarte se necesita una barca más ligera." 18

Y mi gufa le dijo:

-Carón, no te irrites. Así se ha dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere; y no me preguntes más.

Entonces se quietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia: después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. El demonio Carón, con ojos de ascuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra, hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo -- los malvados hijos de Adán se lanzaban uno a uno desde la orilla, a aquella señal, como pájaros que acuden al reclamo. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado en la orilla opuesta, se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquéllas habían dejado.

-Hijo mío-me dijo el cortés Maestro-, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombra campina, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la --- frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido - y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

-Hijo mío-me dijo el cortés Maestro-, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Entonces se quietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia: después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. El demonio Carón, con ojos de ascuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra, hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo -- los malvados hijos de Adán se lanzaban uno a uno desde la orilla, a aquella señal, como pájaros que acuden al reclamo. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado en la orilla opuesta, se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquéllas habían dejado.

Y mi gufa le dijo:

-Carón, no te irrites. Así se ha dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere; y no me preguntes más.

muertas." Pero cuando vio que yo no me movía dijo: "Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí: -- para llevarte se necesita una barca más ligera." 18